

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
REVISTA DE INVESTIGACIONES
DE INVESTIGACIONES

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla Universitaria
Biblioteca Universitaria*

15



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1974

CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN

MICHELE F. SCIACCA
Génova, Italia.

1. SIN CONTEMPLACIÓN MUERE EL SABER PORQUE CESA EL PENSAMIENTO

“TEORÍA” o “DETENCIÓN PARA VER”: este significado correspondiente a la *contemplatio* o a la actividad de “considerar atentamente con el intelecto y con los ojos” lo *contemplativus*, se identifica con lo “especulativo”. *Templum* era el “lugar” como escribe Varrón, “desde el cual se podía libremente mirar el cielo y tomar los augurios”; para Cicerón “*ex terra eminent, quod contemplationi coeli officere possit*”. Contemplación es la vista atenta, concentrada, profunda, y por lo tanto libre, en donde convergen el ojo y la mente por nada distraídos y “videntes” de allá de la misma vista escudriñadora de causas, razones, fines, secretos; y Lucrecio llama *templa mentis* (los secretos del alma).

Un alto para ver; si uno no se detiene no ve, cuando mucho mira fugazmente, quedando siempre en la superficie como si no hubiese nada que ver, como si nada mereciera ser visto, como si todo fuese sin valor e insignificante: “No los observes; mira y pasa”. El no detenerse para ver es la actitud espiritual de quien no sabe ver por ignorancia o por obtusidad que no quiere remediar, o bien por sabihondez y presunción; tanto en un caso como en el otro es pereza intelectual y moral por descuido o por negligencia, por desprecio de cuanto se mira. Pero quien no ve no conoce; quien no conoce no sabe. No detenerse para ver es condenarse a un perpetuo turismo de masa: una mirada fugaz a este o aquel lugar, cuatro charlas y una docena de trivialidades sazonadas con despropósitos, un haber estado en cualquier parte sin haberse detenido en un solo lugar.

Sin contemplación no hay saber, muere la *scientia* porque cesa el pensa-

miento. Frente a la planta se detiene el botánico para verla, para observarla a fin de estudiar su vida, de clasificarla, describirla: de conocerla; se detiene el pintor frente al paisaje; se detiene el filósofo y el teólogo para reflexionar sobre los problemas del mundo y sobre Dios; se detiene quien hace un trabajo, cualquiera que éste sea, si quiere que sea válida la obra de su trabajo. Detenerse para ver es descubrir que así se conoce lo que no se conocía, y que conocido es conocimiento nuevo; es saber que crece y se renueva. Reducir el espacio de la contemplación que exige un ambiente favorable y no enemigo de silencio y de tranquilidad; tanto amor por lo que se quiere ver y por el mismo ver o por la búsqueda, y por esto tanta disponibilidad y con ella dedicación, sacrificio y humildad, es empequeñecer el espacio del conocimiento hasta la anulación del saber, en homenaje a los eslóganes vulgares de que la contemplación es "pérdida de tiempo", "egoísmo anti-social", etc. Más cómodo y más al alcance de todos como mercancía de vasto consumo es el mirar y pasar, pero el precio es la pérdida del conocer y del saber —por falta de vista—, el fin del verdadero progreso que es y crece sólo con el saber en cualquiera de sus formas; y nada puede saber ni por razón o sentimiento ni por intelecto o fantasía quien no se detiene para ver. Combatir la contemplación o reducirla, sin espacio a lo que vendría a identificarse como una actitud antisocial, egoísta o "aristocrática", es ser enemigos de una sociedad de hombres libres, para hacerse constructores atareados de una masa de bípedos reificados; es desconocer, como escribe Cicerón, el fin para el cual el hombre ha nacido: "*Equus vehendi causa, arandi bos, venandi et custodiendi canis; homo autem hortus est ad mundum contemplandum*".

2. CONTEMPLACIÓN NATURAL Y CONTEMPLACIÓN SOBRENATURAL

La *contemplación natural* o del orden humano es el momento intuitivo del conocer, es la *intuición de la verdad*: "ve" intuitivamente desde el punto de vista artístico la verdad de un jardín el pintor; del mismo modo ve intuitivamente desde el punto de vista científico la verdad el botánico, y el jardinero ve la suya. Como conocimiento intuitivo, la contemplación se contraponen en la colaboración; en la contraposición están llamados a integrarse. Pero como fundamento del conocimiento discursivo, el intuitivo puede estar solo, el otro no: es el primado de la intuición inteligente sobre el discurso racional. En efecto, el verdadero "descubrimiento" —y son pocos en cada rama del saber— es siempre un acto intuitivo, un rayo de la inteligencia y de la fantasía que llega de improviso, pero no es nunca improvisado, fruto a veces

de largo estudio y de sufrida maduración; las mismas invenciones requieren un mínimo de intuición, pero precisamente porque no basta cuanto basta, son muchas, demasiadas. Con frecuencia la intuición vuelve superfluo el conocer discursivo, que viene después a confirmarla: lo precede siempre, a veces espera siglos para tener la así llamada confirmación científica, artística, etc. Sin embargo, precisamente por ello el conocimiento discursivo es también necesario, no sólo porque confirma al otro, sino porque a través del discurso se recaba cuanto está contenido en el intuitivo que así es fecundo de otros conocimientos; porque aún el discursivo contribuye a que la intuición llegue a ser obra construida. La intuición es el momento creativo y cada obra creativa es acto contemplativo; de la intuición creativa vive la razón o el momento constructivo; si se apaga la contemplación y no son posibles ya obras de auténtica creación, y si se apaga el mismo conocimiento discursivo por falta de trabajo se cierra la gran fábrica del saber humano, la única que alimenta a las otras.

Además de la contemplación natural está la contemplación sobrenatural, la forma más alta de la oración. De orden intuitivo también ésta, se contraponen a la meditación, que es discursiva, un discurso interior sobre Dios y su misterio hecho por pasajes, solicitados por la intuición y juntos rumbo a la visión sobrenatural verdadera y propia. En ésta el grado más alto es la contemplación infusa o pasiva porque la iniciativa es de Dios; pero, recibida pasivamente por abandono a la Gracia, es un potente muelle de acción que desencadena su dinamismo propio en cuanto potenciada y elevada por la acción divina. La contemplación natural es inicio y crecimiento del conocimiento respecto a la naturaleza, al hombre y a la vida social; aquella sobrenatural es crecimiento del conocimiento de Dios con la ayuda de Dios mismo. Eliminar esta última, o la oración en el sentido más pleno, es como violar el *templum* dejando que ahí se instalen los mercaderes; es transformar a los orantes: de contemplantes o de videntes libres del cielo, en perpetuos dialogantes con la tierra en el olvido de Dios, en condescendientes "problematizantes" aquellos misterios de fe que deberían contemplar por amor de Dios y del prójimo.

En una forma o en otra la contemplación nos viene al encuentro cuando nace el cansancio y el aburrimiento por el mero mirar sin ver, cuando el hombre se avergüenza de estar siempre en la superficie, en la insignificancia de sí mismo y de todo. Nace como intolerancia de la superficialidad y de la suficiencia del andar vacuo, sin detenerse; como exigencia, a veces angustiada, de esperanza, de profundización para saber más; entonces, como necesidad de amar al Ser o a la verdad de las cosas, del hombre de Dios; esperanza y amor alimentados por la fe en los poderes del hombre (contemplación natural) y en la Gracia de Dios (contemplación sobrenatural), capaces de descubrir para profundizar aún, de modo de no reflejar la superficie de lo creado, sino

de reflejarse en altura y profundidad. Entonces, en ambas formas de contemplación, el estímulo nace de la exigencia de tocar (coger) intuitivamente la verdad o el logos propio del hombre y todas las verdades que ahí se inscriben, y de la otra el calarse en el misterio divino.

Todavía: en un caso y en el otro la contemplación es personal y por el compromiso que comporta, también la natural es un grado de vida ascética en la cual el contemplante es activo, es el que "adquiere" este grado de vida que, en el caso de la contemplación sobrenatural, queda en espera del grado "infuso", libre iniciativa de Dios. Personal e indeclinable como la persona contemplante, la contemplación natural es también comunitaria: quien descubre intuye sólo, pero en su intuición han colaborado y colaboran otros y su descubrimiento vale para la humanidad que en ella está presente; está solo, pero nunca como en este momento está con los hombres que estuvieron, están y estarán todos presentes en la verdad descubierta. Personal e indeclinable la contemplación sobrenatural —Dios visita, infunde y se infunde singularmente— es también ella comunitaria; cuando se ora en común es siempre cada persona como tal la que ora; cuando se ora solo es siempre la humanidad que está presente, y Dios visitando a un hombre los visita a todos; también a aquellos que lo ponen a la puerta.

El conocimiento de una verdad comporta la *frucción* de cuanto es conocido; más se le profundiza y más la *frucción* crece, regocijo desinteresado y también el contemplante, motivado solamente por el haber intuido y penetrado, por el haber andado dentro y más adentro. Tal *frucción* es también *confrucción*, un gozar de ello junto a los demás. Pero no hay momento creativo sin la capacidad de darse a aquello que se busca y se quiere conocer; sin la plena disponibilidad o momento de la *objetivación en* o del transformarse en la cosa, en el valor, en el tema (sujeto) que se desea conocer. Y *objetivarse en* comporta ir más allá de nosotros, salir de nuestro egoísmo y de nuestra comodidad, hacernos aquellos que queremos conocer; de esta dedicación se dispara la chispa creativa.

En cuanto hemos dicho está implícita la respuesta a un antiguo problema: si la contemplación es intelectual —como piensan Ricardo de San Víctor y Santo Tomás— o volitiva. Retenemos que es tanto acto de la inteligencia y de la voluntad, aún más es del hombre todo. San Buenaventura, además de la contemplación intelectual, admite aquella "*sapienciae*" —volitiva y un grado más alto de la otra— o la "unión" con Dios "en el amor". Podemos decir que el amor favorece al conocimiento que permanece siempre acto intelectual, teniendo por objeto propio la verdad o el ser; sobre esta base la voluntad de amor mueve a la inteligencia, enciende la fantasía y los sentimientos y empuja (impulsa) a más y mejor conocer. Como escribe San Agus-

tín: "*Quod non amatur, nemo potest perfecte habere vel nosse ... Nullum bonum perfecte noscitur, quod non perfecte amatur*".¹

3. LA CONTEMPLACIÓN, FUNDAMENTO NECESARIO DE LA ACCIÓN. EL MOMENTO DEL "SER" Y EL MOMENTO DEL "HACER"

El problema de la relación contemplación-acción hoy ha sido planteado por muchos —no sé si por ignorancia o por malicia— en términos de *aut-aut*: o una o la otra; quien contempla no actúa, quien actúa no contempla; urge escoger: o la contemplación o la acción; un término excluye al otro. Este modo de poner el problema no es sólo sofisticado o malicioso, salido para los ingenuos, sino que es también facilista y superficial en tanto que no resuelve el problema mismo; simplemente elimina a uno de los dos términos y con éste mismo al problema, operación de la cual todos son capaces. Resolverlo es mantener unidos a los dos términos en su relación. En efecto, contemplación y acción no se excluyen, se completan; antes bien la contemplación es el fundamento necesario de la acción. Detenerse para ver o contemplar, y quien "ha visto" sabe: si no sabe, si no contempla ¿qué hace? No hace: deshace, o extrahace, sale fuera del hacer; entonces el hacer sin contemplar no es nunca verdadero hacer, es destruir. De ahí que el problema se plantea en estos términos: detenerse para ver, ver para mejor hacer; más se contempla y mejor se hace porque más se sabe: el momento del contemplar es el fundamento del verdadero hacer; éste no lo excluye; al contrario, lo exige, en cuanto la contemplación lo potencia y hace que éste sea siempre un hacer mejor.

Pero atención: mientras que el verdadero hacer no puede estar sin la contemplación, ésta puede estar por sí sola: el momento teórico está por sí; la verdad es válida en cuanto verdad, mientras que ningún hacer es válido si no se funda sobre el saber. Una ley física es verdadera aunque no produzca nada de útil o alguna obra externa, cualquiera que sea; y no puede haber una aplicación técnica si no hay un descubrimiento del cual se hace la aplicación. No sólo el contemplar es el fundamento de la acción, sino que también está independientemente de la acción que de él depende; pero afirmada esta dependencia, precisamos: La verdadera contemplación no puede cerrarse en sí misma, incluye la verdadera acción de ella naciente. En efecto, como ha sido dicho, del momento contemplativo nacen las verdaderas, ordenadas,

¹ *De diversis questionibus*, 83, p. 35.

duraderas obras de poesía, de ciencia, de caridad, etc.² El momento de la acción es ya aquel del hacer que, de tal modo, no sólo tiende a eliminar la contemplación sino a reducir al mínimo también el espacio de la acción entendida como actividad inmanente; el momento de la contemplación, incluyente de la acción inmanente, es aquel del *ser*. La substitución de la contemplación por la acción en el plano teórico corresponde a la substitución del ser por el hacer. De aquí la supremacía absoluta de la eficiencia económicamente productiva, del éxito. No cuenta el ser de las cosas ni de los hombres; cuenta sí prescindiendo de este problema hombres y cosas son eficientes, si sirven, si son consumibles. Este dogma lleva a la sociedad más cruel, deshumana, alienada que se pueda concebir. Si no cuenta el ser hombre sino la eficiencia, cada hombre vale no por el hombre que es sino en la medida en la cual es eficiente; si como lo que cuenta no es su ser hombre sino su hacer, la sociedad lo pone aparte, lo rechaza: no sabe qué hacer con él, es un peso. Viejos y enfermos, unidades no eficientes: Eficientes recuperaciones asépticas y funcionales les esperan hasta que la sociedad pueda gastar; en caso de necesidad, como ineficientes, es también (otro tanto) funcional eliminarlos por la buena salud de la eficiencia. Si eliminamos el ser, si mandamos al exilio la contemplación por la idolatría del hacer y del *efficere*, debemos tener el valor también de aceptar las consecuencias: la antihumanidad radical, consecuente de la negación del ser del hombre, de su verdad, que es tal aunque ineficiente. De hecho, el hombre antes es tal por su ser hombre —y es este su ser, como dice Santo Tomás, la dignidad de la persona—, vale como hombre; después también porque hace. Antes debemos detenernos *para ver* y así saber qué es un hombre; sólo así nuestras acciones o nuestro hacer en relación con los otros hombres se elevan al nivel de acciones morales o civiles.

Ahora: la contemplación en sí misma es "obra" en cuanto es "obra" el descubrimiento de un principio teórico de ciencia, de filosofía, de matemáticas, etc., desde el cual, como ha sido dicho, el hacer; por tanto la contemplación es agente, además de acción inmanente de la cual sigue el hacer. A su vez, el ver laborioso es el fundamento del hacer mejor; pero si el hacer mejor es fruto de la contemplación, la acción misma y también el hacer es contem-

² Estamos usando indiferentemente "hacer" y "actuar", aunque conscientes de que el hacer indica una actividad "exterior" o el producir algo, y el actuar una actividad "interior" que no aspira a producir, sino sólo al perfeccionamiento del agente (actividad inmanente). Sobre la base de esta distinción, también la acción corresponde al "ser" y no al "hacer", en el sentido de que, como ha sido dicho, es extrinsecación del ser o en correspondencia a eso que se es; a la actividad interior sigue el hacer o la ejecución exterior —el producir algo— de lo que se es ulteriormente pensado, concebido, decidido, etc. Del contexto resultará evidente cuando distinguimos el actuar del hacer y cuando, como ahora ocurre, los identificamos.

plante. Substituir el contemplar por el hacer no es, como se cree, potenciar éste último, sino perder también el momento de la acción que sólo el contemplar vuelve formativo y después positivo y no destructivo en su obrar. Se tiene así que, quedando su primado firme y su independencia, la contemplación está dirigida a la acción; la primera incluye a la otra, el momento del ser a aquel del hacer, el momento teórico de la verdad a aquel práctico. Como el verbo se ha hecho carne, así la contemplación se encarna en la acción, pero primera es la contemplación como primero es el Verbo. Esta última no es una invitación a la inercia y a la pasividad, ni la acción un empujón hacia el deterioro y la dispersión de energías espirituales, si ambas son vistas y tenidas firmes en su relación dialéctica al interior de la cual la contemplación alimenta a la acción y viceversa: potenciamiento recíproco a través del cual, como hemos dicho, la contemplación es agente y la acción es contemplante, siempre que ésta última no se separe de la otra haciéndose principio y fin de sí misma contra el orden que la hace hija de la contemplación, que es también el fin de la acción en el sentido cristiano. *La encarnación de la contemplación en la acción es la presencia de Cristo en la vida del cristiano*. El esfuerzo siempre imperfecto de asimilarse a El, la disposición a Su iniciativa: querer la misma cosa que El quiere. Conocer con la contemplación eso que, como cristianos, debemos hacer, significa establecer una relación personal y amorosa con Cristo que es la unión de contemplación y acción; actuar a Cristo en nuestra vida cristiana, de la cual El es el principio animador, según el principio unitario de la gracia habitual que, como tal, la hace duradera y permanente. Pablo, deslumbrado por Cristo, caminó a Damasco —contemplación— y por ello "capturado" en la vida cristiana quiere saber qué cosa debe "hacer": "*Domine, quid me vis facere?*"; por eso llama a los cristianos "*veritatem facentis*".

4. PLEGARIA Y TRABAJO: SOLEDAD Y AISLAMIENTO

Esto nos permite liberarnos de otro malicioso sofisma que circula también en los ambientes católicos y eclesiásticos. Es este: la plegaria pertenece al momento contemplativo, a la reserva de los pierdetiempo; basta trabajar para orar; la única oración verdadera es el trabajo, entonces el "estacnovista" es el más grande rezador.

Esta tesis es sostenible en una concepción arreligiosa, radicalmente laica, aún más es su coherencia interna: El trabajo es la única plegaria del hombre, dado que el hombre se dirige al hombre de hoy y de mañana, que el hombre es el fin del hombre. La misma tesis transferida a una sociedad cristiana

comporta la negación de ser cristianos o no tiene sentido. Tiene uno, si decimos así: el cristiano ofrece a Dios *también* su trabajo como plegaria. Pero decir esto es presuponer la plegaria como momento autónomo, en cuanto no se puede abolir la plegaria diciendo que el trabajo en y por sí mismo es plegaria, y después ofrecer a Dios el trabajo como plegaria. No se puede utilizar la plegaria como calificante del trabajo en el momento mismo que se la reduce al solo trabajo; esto es, se la niega como momento autónomo. Al contrario, el cristiano que ofrece a Dios también el trabajo como plegaria hace que el trabajo quede como tal y al mismo tiempo lo califica con el momento de la plegaria, que se enriquece con el trabajo calificado como tal. De este modo el trabajo del cristiano incluye el momento de la oración y con esta el momento de la contemplación sobrenatural; aquel de la acción en el sentido inmanente o de la preparación o perfeccionamiento interior-momento de la concepción, decisión, etc., al cual sigue el verdadero hacer o la obra externa. Quien trabaja como cristiano contempla, actúa, hace sin substituir la plegaria con el trabajo.

Se objeta todavía: en el momento contemplativo el hombre se aísla, rompe la colaboración, la comunicación con los demás; el aislamiento es antisocial, egoísta. Aquí se confunde entre "aislamiento" y "soledad" posiciones bien distintas. Aislarse es substraerse de los demás para cerrarse en el propio egoísmo; retirarse a la soledad es alcanzar una mejor y más profunda comunicación con los demás; es más, nunca se comunica uno con la humanidad entera y se le siente hermana como en el momento de la soledad auténtica, momento del recogimiento para una comunicación intensa; en la soledad se extraen las verdades más profundas y perennes no ligadas a las contingencias de nuestro tiempo: es éste el mejor modo de servir a nuestros contemporáneos. En la sociedad cada uno de nosotros adquiere el sentido de sí mismo con tal de que sea libre de él; dejemos a 'los progresistas y a los retrógrados... que se mueven en el espacio exterior, 'ir' 'adelante y atrás', 'arriba y abajo', y busquemos nuestro ámbito interior 'poniendo dentro del universo entero, que es el mejor modo de expandirlo'.³ La soledad es la fortaleza de las almas robustas que desde lo interno y con tanta humildad buscan rescatar a quien es todavía esclavo del mundo, a fin de que inicie la ascensión. La soledad es mística: es contemplación, es plegaria, es vida religiosa, profunda participación con los otros; como tal, una carga potente para la acción. Sobre todo el misticismo cristiano recibe el máximo impulso a la acción precisamente de la nada, de todo, en relación a Dios; de hecho en la soledad mística —anulación del mundo para la unión con Dios— se recupera el mundo mismo en todo

³ UNAMUNO, M. de, *Ensayos*, I, Madrid, Aguilar, 1945, pp. 243-245.

su ser. Todo es "nonada", dice Teresa de Jesús; ella misma ha sido renovadora y fundadora de conventos, mujer activísima. La presencia de Dios en el hombre en la soledad mística le da una fuerza nueva e inagotable; de esta soledad la "determinada determinación de no parar", de no detenerse; el máximo de contemplación con el máximo de acción.

Por otra parte, si se elimina el momento contemplativo ¿quién da al hombre la fuerza de continuar? ¿De dónde una hermana que pasa cuarenta años en Africa al cuidado de los leprosos extrae la recuperación espiritual para continuar su acción de caridad, si no del momento contemplativo de la oración? Esto es también para cada uno de nosotros al final de la jornada de trabajo, para poder comenzar otra: El momento contemplativo —de la soledad, de la plegaria, del recogimiento— nos purifica para reencontrarnos cada día a nosotros mismos y a los demás. Añádase que de cuantos se sacrifican en silencio la historia no se da cuenta; es la injusticia históricamente irreparable. Pero estos desconocidos (ignorados), para los cuales el ojo de la historia es ciego, son vistos por el ojo de Dios. Nadie sabe nada del último siervo de César, pero Dios lo sabe: "Los últimos serán los primeros".

Se dice que quien contempla no trabaja, como si los científicos, filósofos, artistas, santos, etc., no hubieran nunca trabajado; al contrario, son los fabricantes de los zapatos con los cuales camina la humanidad a veces por milenios. Si eliminamos el momento contemplativo, los zapatos no se fabrican más y la humanidad, descalza, sangra. En efecto, hoy no tenemos más zapateros; solamente remendones que de mala pena remiendan, cuando no deforman, los zapatos que han fabricado los viejos zapateros. Si el contemplante es un "desocupado", tenemos que decir que la historia y el progreso han sido hechos por los grandes "desocupados".

5. MARTHA Y MARÍA

Para el tema que estamos tratando es emblemático el episodio de Martha y María (Lucas 10, 38-42). Orígenes en primer lugar hace de Martha el símbolo de la vida activa y de María el de la vida contemplativa; desde entonces la tradición patristica y la medieval han reconocido los dos tipos fundamentales de la vida cristiana —activa y contemplativa—, sin por ello separarlas; casi sería consentida la elección de Martha por sí misma prescindiendo de María, cuando, al contrario, es ésta el fundamento de Martha que solo está destinada a "deshacer"; el hacer, por sí solo, repetimos, no está en pie porque se priva de su principio: la contemplación.

Martha "acogió" (*ὑπέδεξατο*) en su casa "como huésped" a Jesús; este término, no usado al acaso, incluye la "protección", el tomar cuidado de parte de quien precisamente sabe poder, y esto es poder hacer mucho por la persona acogida; aunque este elemento protector en el texto que examinamos excluye la actitud de superioridad o de soberbia, aunque fuese bondadosa, e incluye la otra amorosa de la madre hacia el hijo. Martha se afana en los quehaceres de la casa para hospedar dignamente al Señor y a sus discípulos. Pero se afana demasiado; descuida el momento contemplativo, fundamento de su hacer: *satagebat*; "se deshacía" en preparar para sus huéspedes, hacía *satís* "cuanto basta" y lo hacía con diligencia, pero por eso, porque toda "ocupada" en su hacer, creía hacer "cuanto basta a hacer todo", por eso "se deshacía" y deshacía su mismo hacer. En breve, Martha *circumscribe* su encuentro con Jesús al afanarse en los quehaceres de la casa; es decir a la acción del todo mundana separada del momento contemplativo, del mensaje de verdad, tentativa de "cerrar" bajo presión de "apertura" al hacer, lo infinito y lo sobrenatural en lo finito y natural; pero el hacer que no encarna la contemplación está ausente de Cristo, se priva de su presencia: Cristo no es reducible al mundo, no se puede "secularizar" sin negar también el estado seglar que se pierde sin Él y se rescata sólo con y en Él.

Cristo no le reprocha porque hacía, sino porque hacía más allá de lo necesario, descuidando lo "solamente necesario"; se "daba que hacer alrededor" hasta el punto de "circundarse por todas partes" (*περιεθπᾶτο*) *satagebat*, de quedarse prisionera en el hacer desarraigado del contemplar; de hecho, no escucha la palabra de Cristo que es la "vida". Ciertamente, apreciable el *misterium* de Martha; pero su servicio (*διαχονία*) no puede ser de la palabra de Dios si tiene cuidado de escucharla: la actitud religiosa con la cual se afana a preparar en honor de Cristo y sus discípulos tiene una vuelta —y he aquí un límite suyo— de religión del hacer, aunque su fin es bueno; pero deja de serlo si el servicio llega a ser fin en sí mismo y no servicio al Señor, del quien cada cristiano debe estar enteramente a su servicio. Martha es la patrona de casa, la buena "empeñosa" señora de todos los tiempos que se preocupa del bienestar de los huéspedes, pero también del "quedar bien" y recibir alabanzas. Martha quiere estar al centro en su hacer, pero en el centro está María quien, sentada a los pies del Señor, *audiebat verbum* silenciosa y auténticamente "disponible"; su iniciativa es el escuchar, el "recibir".

Martha se detiene y dice "Señor, tú no te ocupas de que mi hermana me deja sola en mis servicios. Dile que me ayude". Se espera un elogio para sí

y un reproche para la hermana. La falta de Martha no es sólo el hacer notar a Jesús —casi una queja— que no se preocupa que su hermana no la ayude, sino que, al pretender que el Señor le ordene a ayudarla, la quite del escuchar el Verbo, —para correr a trabajar sin descanso junto a ella como si la hermana perdiese el tiempo escuchando la palabra divina; a esta conclusión lleva, al final, el hacer que no encarna la contemplación; empujado por su lógica interna concluye con la "mundanización" del mensaje y con la reducción de Cristo a un predicador revolucionario de la justicia mundana. Toda la así llamada "protesta" odierna en la Iglesia está fuera, obedece ciegamente a esta lógica que va más allá y fuera de la posición de Martha: del puro hacer por una total liberación mundana con la consecuente reducción del Verbo, no más Dios encarnado, un ingrediente temporal de la "transformación" del mundo, fin en sí misma y fin único del hombre.

Cristo la desilusiona y la amonesta: "Martha, Martha, tú tienes cuidado con afán (*μεριμνᾷς*) y haces ruido (*θορυβάξῃ*) por muchas cosas". Ni el *sollicita* es ni el *turbaris* de la traducción latina nos dan la preñez de los términos griegos: el cuidado de Martha no sólo es afanoso hasta la "aflicción" por muchas cosas —aunque se lo da a Cristo quien sin embargo no escucha—, sino que en este cuidado pone todo su "pensamiento"; es decir piensa sólo en las cosas por hacer (es el sentido de *μεριμνάω*) y a ellas limita su pensar, acantonando con eso mismo el momento contemplativo, el ponerse a disposición del verbo, y así quita potencia a su hacer. Por eso su "tomarse cuidado" de muchas cosas es el "pensarlo hasta el afán", suspensivo del momento contemplativo del pensar en cuanto tal —el momento de la parada para volver su hacer, comparado con el contemplar o escuchar de María, un "hacer ruido", un "gritar", que es el opuesto negativo del "sonido" de la verdad y del "hablar". De ahí que Martha, haciendo así, no hace, se deshace y deshace, extrahace y por ello se lanza y "tira en el desorden" (otro significado de *θορυβέω*). Y en efecto, su hacer, separado de la contemplación que lo funda, sale con eso mismo fuera de su orden, no es más ordenado al *unum necessarium*, al escuchar el Verbo; no está ya disponible temporalmente para Cristo, que es el camino, la verdad y la vida. A Martha así se le escapa la "mejor parte" (*τὴν ἀγαθὴν μερίδα*), la única necesaria, la elegida por María, "la parte que nunca le será quitada". Sólo si el hacer se funda en el contemplar y nunca se le separa y sólo si hacemos —y solamente en este caso el amor al prójimo es cristiano— está hecho para la Gloria de Dios, el hacer nos asimila a Cristo: como el Verbo, se ha hecho carne, así la contemplación va encarnada en la acción.

La comparación entre las dos posiciones se mantiene firme; sólo en tanto

una es comparada con la otra como dos partes de un todo, la de María es mejor y por ello es "buena" la de Martha,⁴ quedando firme la primacía y la superioridad de la primera. Si se actúa la unión perfecta de contemplación y de acción, este último problema no se plantea siquiera; nace en el momento en que se hacen dos partes separadas. María, que se está a los pies de Cristo a escuchar el Verbo encarnado, ejerce la unión de contemplación y acción inmanente; es decir establece una relación personal con Cristo haciendo así de aquella unión la esencia de su vida cristiana en el amor por Cristo mismo, el Modelo, que es la unión perfectísima y viviente de contemplación y acción; por esto, la parte de María, comparada con aquella de Martha, es la "mejor". Pero dicha parte, precisamente porque ejerce esta unión, es la posición perfecta para "prepararse" y "ejercitarse" en el verdadero hacer o para la acción transeúnte productiva de obras. Martha, preocupada de acoger bien al Señor, "acantona" esta parte necesaria, y Cristo la reclama al "orden" porque la mujer exige que el maestro le diga a su hermana que la ayude. En la respuesta, Cristo afirma toda la positividad, la primacía y supremacía de la posición de María y pone en evidencia todos los riesgos de un "hacer" que no se funde, y la descuide, sobre la esencial preparación que lo convierte en verdadero hacer productivo de obras válidas y no "afán" o "hacer ruido"; en cualquier caso un hacer no cristiano, es decir, una acción exterior que no brota de la unión de contemplación y de acción inmanente y por ello arriesga también de olvidar el amor por Cristo que, como hemos dicho, es esta unión perfectísima y viviente.

Creo que así van entendidos los duros reproches que Cristo dirige a Martha, cuya acción factiva queda "buena" sólo si es comparada con la de María: Cristo reconoce que Martha lo hace por amor suyo y de los santos y que también el hacer o el producir obras está bien (es bueno), siempre que para ello nos preparemos como María; o sea, que se le haga brotar de la unión de contemplación y acción inmanente para ejercerlo en cada momento de la vida del cristiano. En breve: María está en la condición "mejor" para "hacer bien" —y más se existe en esta condición y mejor se hace— y con verdadera eficacia; Martha, que está prisionera del hacer, cree hacer —y el hacer es acción "buena"—, pero sale fuera de orden arriesgando comprometer la bondad de su hacer. Esto luego se pierde del todo si pura acción exterior se pone, subvirtiendo el orden como principio sustitutivo del contemplar y del actuar interior, que es sustitución de Cristo o su identificación con lo mero mundano y por ello su negación. Cristo en el fondo rechaza no

⁴ Entre dos, la parte *ἄγαθὴ* es la "mejor"; entre tres, la óptima.

en Martha sino a través de la amonestación a Martha: la exaltación del eficientismo preocupado sólo de sí mismo, que pretende ser todo, como si el momento contemplativo fuese nada o descuidable.

Si Martha se hubiese tomado cuidado de "preparar" para los huéspedes pero sin "afán", de hacer, sin "agitación" y sólo cuanto era necesario y no "muchas cosas", no habría sobrehecho (extrahecho), habría hecho sin descuidar su preparación interior y la relación personal con Cristo, se habría abstenido de pedir a Jesús que solicitara a su hermana que no escuchara el Verbo por ir a ayudarla: su hacer habría estado en la "justa" posición. Si así se hubiese comportado, probablemente María misma habría pedido al Señor su consentimiento para ayudar a su hermana sin que ello comportase separación o distracción de El y del amor por El o Cristo mismo se lo habría ordenado. La "falta" de Martha, no intrínseca al hacer que es acción positiva, es de cerrarse en éste aunque la intención es buena; es la de ser precipitada y por tanto intempestiva en el exigir la ayuda de su hermana; Cristo toma la ocasión para enseñar que el hacer, que es un bien, no va nunca separado de la vida cristiana ni empujado al punto de descuidarla si se quiere que sea hacer bien. Pero, en tal caso, el hacer unido a la contemplación y a la acción interior sobre la cual se funda y de la cual nace, no es ya la parte "buena" comparativamente a aquella contemplativa, ni esta es la "mejor" en comparación a la acción exterior, sino que uno y otra —dejando de ser dos partes— se ejercen como el todo; es decir, como la perfecta vida cristiana, Modelo Jesucristo.

Por esto se puede decir con Belarmino que se trata de dos "partes" y que cada una no es el "todo", aunque aquella de María, el escuchar del *unum necessarium*, es "mejor" y necesaria para la acción que, a su vez, como la que es la encarnación del Verbo escuchado en la actualidad del hacer, es intrínseca a la contemplación de la cual brota. Ni el puro hacer que es falso hacer, ni la contemplación estéril que es falsa contemplación de "gente", como dice en el *Vejamen* Teresa de Jesús a Juan de la Cruz, "tan espiritual que quiere volver todo contemplación perfecta"; y recomienda: Martha y María "deben siempre proceder juntas para hospedar al Señor y tenerlo siempre con ellas"; para amarlo como el Modelo viviente de la unión de la contemplación y de la acción. Sólo así la parte que no pasa y no puede ser quitada, "la postrada a los pies" del Verbo para la salvación eterna cuyo fin es siempre la Gloria de Dios, es el fundamento de la acción, que de ella recoge el hacer cristianamente bien.

Así San Agustín: "Buena es la tuya, Martha, pero la otra es 'mejor': buena la que has elegido porque está bien ocuparse en servir a los santos, pero la otra

es 'mejor'. Al final la que tú has elegido pasa (*transit*). Servir a los hambrientos y a los sedientos, preparar lechos para que reposen, abrir la puerta a aquellos que piden hospitalidad, *omnia ista transeunt*. Tiempo vendrá en el cual ninguno tendrá hambre, sed, sueño; entonces tu cuidado te será quitado. María ha escogido la parte mejor, aquella que no le será nunca quitada. No le será quitada porque *contemplari elegit, Verbo vivere elegit . . . ipsum Verbum vita est*.⁵

(traducción de Priscilla Martínez)

⁵ Sermo 169, 17, Cfr. también Sermo 103. Todo dedicado a Martha y María.

UNA CONTEMPLACIÓN FILOSÓFICA SOBRE LA OBRA DE FAUSTO DE GOETHE

PROF. DR. FRITZ JOACHIM VON RINTELEN
Mainz, Alemania

LA POLARIDAD y los derrumbamientos de nuestro ser, que están motivados por una aspiración de realización de nosotros mismos, son los que se presentan ante todo en la obra de Fausto. Fundolf opina que Goethe escribió esto con un sentido de liberación. "Poetizar es sostener un juicio de uno mismo" (Ibsen). En este sentido ya es la obra de Fausto una confesión del propio Goethe, aunque la figura de Fausto permanezca independiente al del poeta ya que lucha constantemente contra ella y muestra su propia imagen aun en otras figuras. Goethe busca al demonio constituyente, mientras que Fausto se deja arrastrar por lo demoníaco. Ambos se comportan en forma diferente aunque los polos se atraigan. Muchas de las preguntas aquí expuestas tienen su significado también en la actualidad.

El Fausto es una excepción que repetidamente fracasa aun teniendo la mejor disposición. Es por eso que se nos presenta como una advertencia, ya que Goethe no invita a lo loco sino que exige un cambio orgánico, un conocimiento reflexionado, medido, una emoción en el sentido trascendental. Pero la emoción interna que embarga al Fausto es al mismo tiempo la de Goethe; es en sí la del hombre como fundamento de toda pasión que evoluciona la vida. Nunca llegamos al final de la meta. "Esta vida es un constante cambio, no es un estar tranquilo, sino un ensayo constante" (Lutero). Estar estático tampoco es lo adecuado para Fausto. "Porque con el estatificarme no busco mi cura: El estremecimiento de la humanidad es su mejor parte" (Fausto 6271). "Sólo soy un caminante"; esto lo dice ya Goethe en el Werther. Al éxito se antepone un momento. "Es imposible permanecer en lo perfecto".¹ La polari-

¹ Jubiläumsausgabe Cotta — C.34:17: *Winckellmann zur Kunts*, Vorrede, 1804.